

PENSAMIENTO POLITICO-ESTRATEGICO EN CHILE

SU EVOLUCION DESDE UNA PERSPECTIVA NAVAL

Ganar, no perder o estar en condiciones de ganar

*Fernando Thauby García
Capitán de Navío IM*

INTRODUCCION

Al ingresar como alumno por primera vez al edificio de la Academia de Guerra Naval, luego de trasponer su puerta de entrada el autor pudo leer la siguiente inscripción en letras de bronce:

"Las fuerzas navales deben operar antes que las militares, dando golpes decisivos. Debemos dominar para siempre en el Pacífico; ésta debe ser su máxima ahora y ojalá fuera la de Chile para siempre.

Carta de don Diego Portales al Almirante Blanco Encalada.

Santiago, 10 de septiembre de 1836".

Este fue su primer contacto con la estrategia naval; enseguida, haciendo una correlación con sus escasos conocimientos de la historia de Chile, lo encontró razonable, lógico y —sobre todo— consecuente con los hechos históricos.

Luego entró al bosque y sólo vio árboles.

Sin embargo, la claridad y concisión de este párrafo le produjo una impresión que no sólo no se borró con el paso del tiempo, sino que motivó una búsqueda cuyos aspectos más relevantes se resumen a continuación.

Como estudio exploratorio en Ciencias Militares, con el prisma naval y desde una perspectiva histórica, este trabajo pretende establecer una hipótesis de la evolución del pensamiento político-estratégico y estratégico-militar nacional, con el objeto de deducir nuevas

perspectivas de aproximación y comprensión de nuestra realidad nacional. Como tal, adolece de muchos de los matices que toda situación histórica conlleva; asimismo, algunas de las afirmaciones e interpretaciones que contiene requieren ser desarrolladas o fundamentadas con más detalles.

El hecho de no hacerlo así, aquí y ahora, no implica liviandad sino oportunidad, ya que continuar esta investigación exhaustivamente y sólo por este autor podría tardar años, perdiéndose su utilidad. Estimamos que aquellos que hallen alguna coincidencia en la hipótesis que se propone, e incluso quienes discrepen completamente con ella, encontrarán un punto de partida para el análisis crítico, origen de todo progreso científico, y esto ya justificaría esta proposición.

Podemos sí asegurar que esta investigación no contiene prejuicios conscientes ni promueve intereses personales ni de otros grupos que los de Chile y su armada.

Este trabajo está dividido en cinco partes, correspondiendo las cuatro primeras a cada uno de los periodos históricos en que hemos dividido la historia de Chile para este análisis y la quinta a una proyección de lo que podría sucederle al país.

La historia de Chile, en cuanto a los conceptos político-estratégicos que orientaron sus operaciones militares, la interpretamos en cuatro grandes periodos:

- Primero: Visión autóctona. Desde 1810 hasta la revolución de 1891.
- Segundo: Visión europea continental. Desde 1891 hasta 1932.
- Tercero: Visión resonante de la situación mundial. Desde 1932 hasta 1973.
- Cuarto: Visión de transición. Desde 1973 hasta 1990.

PRIMER PERIODO VISION AUTOCTONA (1810-1891)

Este período es notablemente homogéneo en cuanto a la forma en que el pensamiento estratégico se tradujo en operaciones militares.

Chile participó en los siguientes conflictos:

- Guerra de la Independencia.
- Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana.
- La Guerra con España.
- La Guerra del Pacífico.
- La Revolución de 1891.

El análisis de cada uno de estos conflictos sería largo e inoficioso para la mayoría de los lectores, por lo que nos remitiremos a los aspectos más relevantes desde el punto de vista estratégico.¹

Guerra de la Independencia

El criterio estratégico vigente en España en esa época se apoyaba fundamentalmente en la eficacia de la infantería y en las fortificaciones, tal vez influido por la sucesión de fracasos que se iniciaron con la Gran Armada y que culminaron en Trafalgar en 1805.

Al producirse el levantamiento en Chile, la reacción fue reforzar Callao, Valdivia y Chiloé, con tropas experimentadas en las guerras napoleónicas.

Los líderes patriotas, no en vano educados muchos de ellos en Inglaterra y estimulados desde allí, razonaban estratégicamente en términos nelsonianos, tanto así que trajeron a uno de sus mejores capitanes, Lord Thomas Cochrane, para que interpretara con fidelidad a su maestro.

La escuela de Lord Cochrane pudo ensamblar no sólo con las concepciones de esos líderes sino que con todos los niveles de decisión político-estratégicos, por cuanto incorporaba la dimensión naval de una forma de hacer la guerra profundamente enraizada en el alma y en la historia nacional, decantada a lo largo de siglos de guerra entre los dos grupos más relevantes de la sociedad: Los españoles y, luego, sus descendientes con los araucanos.

Del análisis de las diferentes etapas de la

guerra podemos ver cómo esta escuela fue siendo demostrada prácticamente por Cochrane y asimilada por los chilenos que la aplicarían casi sin cambios en la guerra siguiente.

La Guerra de Independencia inicial, con anterioridad a la llegada de Cochrane, tuvo un carácter terrestre; la Reconquista puso en evidencia la importancia del control del mar; la Patria Nueva vio la concreción de lo asimilado, en la declaración de O'Higgins: "Este triunfo y cien más serán insignificantes, a menos que contremos el mar"; las acciones de la guerra de corso fueron los primeros pasos, más bien instintivos y carentes de experiencia naval, la cual comenzó a ser provista por Lord Cochrane a partir de su arribo en noviembre de 1818.

La primera expedición de Cochrane en enero de 1819, la toma de Valdivia y la Expedición Libertadora del Perú marcan el nacimiento de "la manera chilena de ganar las guerras en el Pacífico".

En esta guerra, particularmente a partir del actuar sistemático y deliberado de Lord Cochrane, encontramos los conceptos estratégicos que continuarán siendo aplicados en el resto de este período, adaptándose a las cambiantes condiciones políticas y tecnológicas:

En el campo táctico:

- Actitud agresiva y atrevida. En general, siempre se acepta el combate, aun en condiciones de inferioridad, confiando en la habilidad táctica y técnica para imponerse o al menos causar daño al enemigo.
- Uso intensivo del ardid, la sorpresa y la maniobra táctica preparada meticulosamente con anterioridad al combate.

En el campo estratégico:

- Actitud estratégica ofensiva. Se busca a la fuerza naval enemiga para capturarla o destruirla. Se lleva la guerra terrestre al país enemigo.
- Criterio estratégico conjunto. Hay una íntima comprensión de los roles complementarios del ejército y la armada en un país marítimo.
- Aproximación estratégica indirecta. Ataque a objetivos en la profundidad estratégica del adversario, que lo desbalancean psicológicamente. No se sigue la "línea natural" de operaciones, sino que se busca poner al adversario ante una disyuntiva insoluble.
- Objetivos estratégicos navales que contribuyen a permitir una decisión rápida y contundente en el frente terrestre.
- Búsqueda decidida de la libertad de acción y la sorpresa estratégica, tanto a nivel nacional como del frente bélico.

- Ataque a las líneas de comunicaciones marítimas militares y económicas del adversario, con marcado énfasis en las primeras.

Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana

Al iniciarse el conflicto Chile tenía un poder naval inferior al Perú y Bolivia en fuerza y posición, no así en voluntad estratégica, que era tan fuerte que pudo compensar las otras dos deficiencias. Esta voluntad estratégica, al igual que los conceptos estratégicos que deberían orientar la campaña, están breve y magistralmente expresados por el Ministro Portales en su carta al Comandante de las Fuerzas Navales, Almirante Blanco Encalada, ya citada.

Actuando en la línea del Ministro Portales (Cochrane-Nelson), el Almirante Blanco Encalada en una sola batalla conquistó el dominio del mar, junto con capturar la escuadra enemiga en su puerto-base.

El plan de guerra siguió la misma estructura de 1820: Llevar la guerra al territorio enemigo y concentrar el esfuerzo en el teatro de la decisión.

Al analizar el ataque a Callao, Primera Expedición (Arica-Arequipa), Segunda Expedición (Ancón-Yungay) y el combate de Casma, podemos apreciar los mismos lineamientos estratégicos de la Expedición Libertadora del Perú, pero esta vez siguiendo la conducta recomendada por O'Higgins en esa oportunidad, en vez de la conducción tan precavida de las fuerzas terrestres efectuada por San Martín frente a Lima.

Sobresale la persistencia en la mantención del objeto, pese al revés inicial.

La Guerra con España

- Esta guerra, de carácter absolutamente marítimo, tanto así que el único objetivo estratégico posible era precisamente la fuerza naval española, fue emprendida sin tener un poder naval. El objetivo político de tratar de afianzar la independencia sudamericana frente a lo que se apreció como un nuevo intento colonialista por parte de España no pudo expresarse en la forma de un objetivo político de guerra factible, lo que pone en evidencia que se erró gruesamente en la elección del instrumento adecuado para el logro de los fines perseguidos. Probablemente, la solución político-estratégica estaba por el lado del instrumento diplomacia más que del instrumento fuerza militar.

Por otra parte, el comportamiento de nues-

tro aliado, el Perú, y la imposibilidad material de actuar sobre el objetivo estratégico produjeron una conducción militar confusa.

Pese a todo, la elección de Abtao como base de entrenamiento y operaciones, la captura de la *Covadonga* en Papudo, el esbozo de ataque a las líneas de comunicaciones marítimas militares enemigas y las disposiciones tácticas que se tomaron para lo que serían los combates de Abtao y Huito, revelan el espíritu de Cochrane en el campo táctico: Astucia, decisión de aceptar el combate, preparación previa a la acción, intención de ganar haciendo lo que se podía hacer, en este caso acumular daños sobre el enemigo.

La Guerra del Pacífico

Se pensó iniciarla al más puro estilo Portales (Cochrane): Un ataque directo a Callao, para capturar o destruir la escuadra peruana, junto con la declaración de guerra.

El Almirante Williams desechó la idea por considerarla riesgosa para su fuerza, al tener que enfrentar reunidas a la fuerza naval peruana y las defensas costeras del puerto y también a la falta de apoyo logístico seguro. Debe recordarse que esta guerra se llevaría a cabo con buques de vapor, de mucho mayores exigencias logísticas que los veleros o buques de propulsión mixta empleados mayoritariamente en los conflictos anteriores.

Inicialmente, la escuadra se concentró en la conquista del control del mar, que proporcionaría la libertad de acción para proceder a la campaña terrestre. Este intento se inició con el bloqueo de Iquique el 5 de abril y terminó el 8 de octubre en Angamos. Fueron seis meses de búsqueda y frustraciones en los cuales la afortunada y diestra maniobra táctica de Condell, que condujo a la pérdida de la *Independencia*, y la galvanización de la moral del frente interno como resultado de la gesta heroica de Prat fueron las únicas acciones de significado que contienen los elementos tácticos identificados anteriormente como distintivos de este período, en el campo táctico, ya citados.

Una vez conquistado el control del mar e inyectados de nuevos bríos y entusiasmo se iniciaron las campañas terrestres que culminarían en Lima. Esta vez no se fue directamente al punto de la decisión —Lima— sino que se fueron destruyendo los tres núcleos de fuerzas terrestres enemigas, sucesivamente de sur a norte.

Se puede apreciar que con las variantes derivadas del empleo de diferentes medios técnicos y de las interferencias de terceros países,

la maniobra estratégica nacional y la del frente bélico siguieron, en general, los lineamientos tradicionales y en aquellos aspectos en que se apartaron del orden en que se efectuaron las campañas terrestres son, precisamente, los aspectos más discutibles de la conducción de la guerra, en ambos niveles.

En el nivel estratégico nacional se aprecia la actuación de los cuatro campos de acción, bajo la dirección del Gobierno, maniobrando en forma integrada, cambiando incluso el énfasis hacia uno u otro de ellos, de acuerdo a la evolución de la situación en las diferentes etapas de la guerra.

A nivel frente bélico se aprecia un enfoque integral, aplicando la solución tradicional: Estratégicamente ofensivo tanto en lo naval como en lo terrestre, operaciones conjuntas, operaciones navales dirigidas a contribuir directamente al resultado de la guerra en general y de las operaciones del ejército en particular. Obtención y uso de la libertad de acción para lograr la sorpresa estratégica.

La magnitud de las fuerzas terrestres a transportar y el apoyo logístico continuado y de gran volumen que estas requerían, puede que haya limitado los golpes de audacia frecuentes en conflictos anteriores.

Es destacable también el alto grado de penetración y complementación alcanzado entre la armada y el ejército, que permitió efectuar la primera operación anfibia moderna, con oposición y empleando fuerzas de magnitud.

Esta complementación produjo un efecto total, derivado más de la multiplicación de sus capacidades independientes que de una simple suma de ellas.

Creemos que el Ministerio Portales hubiera aprobado todo lo hecho.

La Revolución de 1891

La campaña naval de las fuerzas congresistas (armada), es típica de la forma ya descrita de concebir las operaciones en este período: Explotación del control del mar para conseguir la dispersión de las fuerzas terrestres gobiernistas entre Santiago, La Serena y Concepción; transporte del ejército expedicionario al territorio controlado por el adversario; desembarco en el teatro de la decisión y apoyo a las fuerzas terrestres en la batalla decisiva: Concón.

La repetición constante de modelos político-estratégicos y estratégico-militares que siguen los mismos patrones y líneas de pensamiento no permitirían aseverar que existiera una doctrina estratégica definida o consciente, pero sí permite asegurar que se actuaba sobre

conceptos aceptados como válidos y eficaces y cuya aplicación se entendía "de rigor".

Ellos configuran algo que anteriormente calificamos como "la manera chilena de ganar la guerra en el Pacífico", la cual, si en lo estratégico-militar muestra una gran coherencia no lo es menor en el nivel estratégico nacional. Es el Gobierno el que da las directrices para la conducción armónica de las campañas, operaciones y acciones de los otros frentes. Las operaciones muestran una clara relación con los objetivos políticos que motivaron la guerra en curso, así como una coordinación en tiempo y espacio con las actuaciones de los otros campos de acción.

Los sucesivos Gobiernos reconocen la potencialidad del empleo de la fuerza como herramienta política y, cuando es necesario, la emplean.²

Esta naturalidad para considerar el uso de los medios militares entre las alternativas disponibles, solos o en combinación con otros recursos, para el logro de los objetivos políticos, se puede atribuir a la experiencia militar de las élites gobernantes, obtenido en la larga guerra araucana y a la simbiosis entre ambos estamentos sociales que ella produjo. Muchas veces se describe al ejército de esta época como "improvisado" y a sus campañas como "improvisaciones geniales". Creemos que no puede considerarse improvisadora a una sociedad, en sus componentes civil y militar, que tiene éxito en la solución de empresas políticas y militares de la magnitud y complejidad de la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana o de la Guerra del Pacífico. Es sólo que ella no requiere teorizar para reemplazar una experiencia de que carece, sino que actúa sobre la base de un conocimiento inmanente en el cuerpo social.

La Revolución de 1891 demostró:

- Que las instituciones armadas podían decidir una crisis política y
- Que los políticos, con el apoyo de éstas, podían alcanzar lo inalcanzable por otros medios.¹

SEGUNDO PERIODO, VISION EUROPEA CONTINENTAL (1891-1932)

En este período no ocurren guerras, pero se viven acontecimientos traumáticos en todos los órdenes. A su término, Chile y sus Fuerzas Armadas serán diferentes. El cambio más dramático ocurrirá en la forma en que serán estructuradas las relaciones inter-Fuerzas Armadas y entre éstas y el resto de la sociedad, las que

pasarán de la situación de integración política y estratégica que vimos en el período anterior, a otras de aislamiento político e individualismo institucional.

Este periodo se inicia con el epílogo de la Revolución de 1891. En lo internacional se viven tensiones graves con una Argentina poderosa y deseosa de expansión, que desafia a Chile en la Patagonia y en la puna de Atacama. Los Pactos de Mayo de 1902 y el Tratado con Bolivia en 1904, aportan pequeños respiros en medio de un cuadro de presiones intermitentes, particularmente por parte de Argentina, cuyo potencial económico y demográfico aumenta casi al mismo ritmo con que se contrae el nuestro, acelerándose a partir de la Primera Guerra Mundial.

En lo económico,³ Chile transitó desde la riqueza fácil, aunque con pies de barro, hasta el naufragio en la pobreza para su bajo pueblo.

La crisis del campo desplazó, primero hacia las Oficinas Salitreras del Norte y, al cerrar éstas, hacia las ciudades, a miles de personas que carentes de sus líderes tradicionales cayeron en la corrupción moral y sanitaria, en la desintegración familiar y, por último, en la deserción del cuerpo social, transformándose en verdaderos proletarios que fueron campo fértil para la propaganda anarquista primero, luego socialista, para finalizar en marxista-leninista.

Las élites gobernantes transitaron desde personajes que vivían una ridícula copia a escala de la *belle époque*, representada tanto por cierta aristocracia santiaguina y por señores de horca y cuchillo en el campo, hasta la emergencia de una clase media, semiilustrada, animada de una fuerza de ascenso social que prometía llevarla lejos y alto a través de una educación cada vez más extendida y accesible, pero cada vez más laica.

No es este el lugar para una descripción pormenorizada de la época, aunque siendo fundamental para su comprensión nos permitimos recomendar la obra pertinente.³

De todas maneras, es necesario destacar que este cambio en el protagonismo político interno, junto con dar cauce y curso a los legítimos efectos del progreso, reflejándolos en esta movilidad social, también implicó una suerte de pérdida de la memoria histórica y en una actitud, tal vez inconsciente, de ruptura y revisión del pasado que afectó severamente la continuidad de la relación cívico-militar.

En el campo militar los cambios son también rápidos y profundos e íntimamente relacionados con el estado general de la sociedad.

Durante el Gobierno de Balmaceda³ se inició la "prusianización" del ejército; ésta era una componente del esfuerzo general del país por

modernizarse y hacerlo todo lo más científicamente posible. La probable guerra con Argentina planteaba dificultades técnicas que constituían un poderoso estímulo y un apoyo inestimable para los propósitos de los promotores del proceso.

Entre idas y venidas de chilenos a Alemania y viceversa, se encontró al hombre providencial para este trabajo; el Capitán Emilio Körner. Aunque contratado por Balmaceda, en la Revolución luchó contra él, integrando el Ejército Congressista. Su único interés era crear un ejército científicamente perfecto y según las normas prusianas.

Uniéndose a los congresistas consiguió dos logros: Quedó en el bando vencedor y pudo efectuar sus reformas sin la oposición de los miembros del viejo ejército, los que derrotados en Placilla se fueron al retiro o al descrédito junto con su experiencia de la Guerra del Pacífico.

Este ejército moderno debía ser a imagen y semejanza del ejército prusiano de la época, incluyendo uniformes, marchas, reglamentos y manuales y además, obviamente, Körner y sus oficiales trajeron consigo la fundamentación conceptual y doctrinaria que animaría el empleo estratégico del instrumento hecho a su medida: Clausewitz.

El nuevo ejército sería masivo, con cuadros profesionales que debían complementarse con las reservas entrenadas, provenientes de la movilización previamente planificada en detalle por un organismo también creado al efecto, el Estado Mayor. Este ejército se concentraría mediante el sistema de transporte ferroviario principal y se desplegaría mediante sistemas ferroviarios secundarios regionales, en el teatro de operaciones.

El sustento de este ejército industrial y masivo sería la Nación en armas y su cerebro el Estado Mayor.

Esta nueva doctrina no consideraba el transporte marítimo. Si no lo hacía para su movilidad estratégica, mucho menos consideraba la posibilidad de efectuar operaciones conjuntas.

Por otra parte, la aproximación indirecta (engendro británico), que tan buenos dividendos diera en el pasado, dio paso a un concepto estratégico orientado básica y casi únicamente a la destrucción de las fuerzas principales del adversario en una o más grandes batallas terrestres que abrirían paso hacia la profundidad estratégica del territorio enemigo.⁸

Esta fue la tumba del modelo estratégico empleado por el viejo ejército, artesanal, intuitivo en muchos aspectos, carente de un cuerpo

doctrinario científico, pero invicto, eficaz y cargado de gloria.

Esta nueva doctrina de guerra fue adoptada con el fervor que sólo los chilenos sabemos aplicar cuando copiamos.

Desgraciadamente, la realidad nacional no coincidió exactamente con la teoría. Por escasez de recursos, rara vez se logró alcanzar un cuadro permanente en la calidad y cantidad necesarios. Por la misma razón, las reservas no siempre pudieron ser entrenadas periódicamente para que conservaran su valer militar y su control se hizo difícil ante la movilidad de los hombres, que se desplazaban de una ciudad y de un campo a otro en busca de trabajo.

Un ensayo del sistema efectuado con motivo de una crisis en la frontera norte, la llamada Guerra de don Ladislao, en 1920, puso en evidencia la distancia existente entre los deseos y la realidad.

Las ideas eran modernas dentro de los cánones de la época y conformaban un conjunto bien trabado de conceptos y soluciones, pero eran difícilmente aplicables a la realidad de un Chile pobre, sin mayor desarrollo industrial, con una población con bajo sentido de la responsabilidad y desuniformemente repartida en el territorio nacional, con dimensiones geográficas desconocidas en los teatros de operaciones europeos, con una élite socioeconómica que no se interesaba en la actividad militar y con una novel clase dirigente que jugaba a ser intelectuales franceses antimilitaristas, trasladando a nuestro medio, absolutamente diferente, una problemática ajena.

En 1890 se publica *La influencia del poder naval en la historia*, de A.T. Mahan,⁴ la cual, con abundancia de ejemplos y datos, elabora una teoría estratégica sobre la cual fundamentar una doctrina estratégica naval para los Estados Unidos de América. Mahan, subscritor también de las teorías positivistas de la época, demuestra científicamente que la misión primaria del poder naval es mantener libres las líneas de comunicaciones marítimas de la navegación propia y limitar al mínimo las del adversario.

Mahan establece que las líneas de comunicaciones dominan en la guerra, sin mencionar explícitamente matices que consideren la situación particular de países que no tienen colonias ni la intención o capacidad para adquirirlas, sea en la versión territorial tradicional o en la versión norteamericanizada de colonias económicas. Tampoco hace distinciones entre potencias que deben acopiar materias primas para producir los medios militares e industriales que permitan sostener su esfuerzo bélico y aquellos países sin industria que se abastecen importan-

do productos elaborados, contra la exportación de materias primas prescindibles o cuyas fuentes de abastecimiento pueden ser reemplazadas, o peor aún, cuyo esfuerzo bélico puede, directamente, ser interrumpido o neutralizado si lo que produce es vital para una gran potencia.

Sin perjuicio de lo anterior, al referirse al primer principio de la teoría estratégica naval, que enuncia en su obra "Estrategia Naval" (conferencias), dice lo siguiente: "Acabo de establecer un principio, a saber; La necesidad de incluir las condiciones políticas internacionales en la preparación de los planes militares", y citando a Darrieus escribe: "Todo plan naval que no tome en cuenta ni las relaciones internacionales de una gran nación ni el límite material que le imponen sus recursos, descansa sobre una base débil e inestable", y aludiendo a Von der Goltz, cita: "Todo aquel que escribe sobre estrategia o sobre táctica no debe descuidar en sus teorías el punto de vista de su propio pueblo. El debería darnos una estrategia nacional, una táctica nacional".

En este mismo ámbito de las teorías estratégicas globales y casi coetáneamente (en 1911), Sir Julian Corbett publica su libro *Algunos principios de estrategia marítima*,⁵ que pone en boga el concepto de dominio del mar y la necesidad de que, como primera tarea, la flota adversaria sea localizada y destruida.

Preconiza también, coherentemente con lo anterior, la necesidad de mantener reunido al núcleo que concretará esta decisión estratégica, la fuerza organizada, la que siendo sólo una y estando también a cargo de la vital tarea de proteger las líneas de comunicaciones marítimas (LCM), debería ser empleada sólo después de una muy cuidadosa evaluación de la conveniencia de dar esa batalla. También difunde el concepto de "flota en potencia", que proporciona una alternativa a la fuerza organizada más débil, que no podría enfrentar esa batalla con razonables posibilidades de éxito.

Dado el ambiente intelectual de la época y el atractivo propio de una teoría estratégica global e integral, que aplicada por esa potencia —en rápido y evidente ascenso— le daba tan grandes y claros dividendos, nuestra armada no se inhibió para acogerla con entusiasmo. Más aún, si consideramos que —como resultado de la aplicación de la doctrina estratégica terrestre del carácter ya indicado el ejército se encaminaba hacia un criterio continental y ferroviario que prescindía del mar para cualquier fin diferente de los relacionados con la mantención del frente interno y la provisión de recursos para la guerra— estas teorías venían a

fundamentar una misión para la armada, en este nuevo marco estratégico nacional.

Las líneas de comunicaciones marítimas militares fueron así reemplazadas por el ferrocarril, quedando la fuerza organizada a cargo de la tarea de proteger las LCM económicas, que debían proveer el sustento para la mantención de esta guerra continental, masiva e industrial que efectuaría el ejército en forma exclusivamente terrestre.

Esta visión, copia fiel de las soluciones continental y marítima creadas para la situación político-estratégica del hemisferio norte, fue reforzada en Chile por la situación creada por Argentina en la zona austral y reactivada intermitentemente según sus conveniencias, como se verá posteriormente.

La adopción de estas doctrinas merece un comentario. En efecto, es muy curioso que en una época científica y racionalista no se haya tomado nota y puesto remedio al absurdo que implica la adopción de modelos mutuamente excluyentes —el continental alemán y el marítimo estadounidense— por parte de dos instituciones que no sólo son complementarias, sino que partes de un solo instrumento político: La fuerza militar formada por el ejército y la armada; sorprende incluso que esta dicotomía haya continuado a lo largo de casi un siglo, como queda en evidencia al comprobarse posteriormente su prolongación debido a la ruptura de la comunicación civico-militar por causas políticas y al subsiguiente encastillamiento institucional que cada fuerza armada adoptó como defensa.

La situación geográfica del teatro austral produjo un efecto interesante: Al no llegar el ferrocarril hasta Punta Arenas, las operaciones del ejército sólo podían ser efectuadas hasta la zona sur: Chillán, luego Valdivia y por último Puerto Montt, lo que determinó que las crisis australes fueran enfrentadas sólo por la armada, lo que a falta de otros compromisos y exigencias (interferencias, serían llamadas posteriormente) le dio a la institución una misión clara y definida y accesoriamente una exigente escuela para formar marinos e hidrógrafos de primera categoría.

La zona austral pasó a ser lo que Arica e Iquique fueron para el ejército, sellándose el divorcio entre ambas fuerzas.

La importancia de las LCM económicas, cuya defensa era la tarea conceptualmente más significativa de la armada, pasó a ser objeto de ímprobos esfuerzos navales de convicción hacia los sucesivos Gobiernos y hacia la opinión pública.

En este marco nació la fuerza aérea en

1927. Como era razonable esperar, en este ambiente de incomunicación e individualismo institucional no tenía más alternativa que dedicarse a sí misma y a sus objetivos, circunscrita a lo que concretamente podía hacer; y lo hizo. Encontró al profeta que justamente necesitaba: Giulio Douhet.

En el marco político, las relaciones de estas Fuerzas Armadas con los sucesivos Gobiernos siguieron una curiosa trayectoria.

El redescubrimiento del rol político de las instituciones armadas, demostrado en la Revolución de 1891, dio origen a una relación ambigua, en que la derecha despreciaba y simulaba ignorar a los militares; la joven clase media intelectual, leída y mal aprendida, les achacaba los pecados de los militares franceses; la izquierda las consideraba los lacayos de la plutocracia. No obstante, todos consideraban la posibilidad de hacerlas acarrear agua para su respectivo molino.

De esta relación de conveniencia sólo podía resultar lo que resultó, hasta culminar las Fuerzas Armadas, en los primeros Gobiernos de Alessandri e Ibáñez, empantanadas en un medio ajeno y desagradable, destruida la disciplina y con la fea sensación de haber sido usadas para propósitos distintos del interés nacional.

En 1931 ocurrió el levantamiento de las tripulaciones de la escuadra; en 1932 se proclamó la República Socialista y —como epílogo— en mayo de 1932 Alessandri subió por segunda vez al poder. Como un freno para el caudillismo militar, exacerbado por los mismos que ahora reclamaban, fue creada la Milicia Republicana, formada por civiles armados y capitaneada por políticos militarmente ignorantes, tan inepta como provocativa.

Esta milicia fue disuelta en 1936, pero los militares ya habían aprendido la lección. Cada institución se concentró en lo que creyó suyo, levantando una muralla a su alrededor.

Los políticos, que se quemaron los dedos jugando con fuego, se concentraron en recuperar el monopolio del cabildío y en reforzar este autoostracismo militar, conveniente para ellos desde el punto de vista de la desaparición de un competidor por el poder y por la adopción de un mal digerido civilismo importado desde Europa, tanto en su versión anarquista-marxista como en la versión intelectual burguesa.

Este fue el fin de la unidad de la guerra a nivel estratégico nacional. Toda inquietud relativa a la defensa fue olvidada; los Gobiernos se desentendieron de su responsabilidad al respecto, la que fue a caer en manos de las Fuerzas Armadas, pero sin los recursos económicos ni

de gestión nacional que sólo podían ser provistos por un Gobierno en forma.

En el intertanto se sucedían las minicarerras armamentistas, con Argentina primero y con el Perú a partir de 1927, en que comenzaron la reconstrucción de su poder naval, con centro de gravedad este último en el arma submarina.

Debido a la decadencia económica, las distancias con Argentina se agrandaban al mismo ritmo que se acortaban respecto al Perú, con el que se firmó el Tratado de Lima, que significó la entrega de Tacna.

Los efectos de la apertura del canal de Panamá fue otra realidad que acentuó el sentimiento de decadencia.

Al término de este período, en el ámbito estratégico-militar nos encontramos con el ejército tratando de asimilar la doctrina prusiana en un marco económico y social completamente diferente al considerado al iniciarse el proceso, pero sin abandonarlo, pese al fracaso experimentado por Alemania en la Primera Guerra Mundial. Siempre prevalecía un criterio estratégico continental europeo, con predilección hacia la zona norte, que contaba con el escenario y los medios en que la doctrina podía ser aplicada. En el sur se avanzaba junto con la construcción de los ferrocarriles. En lo político, ya de vuelta de veleidades de este orden, se mantenía reconcentrado en sí mismo.

La armada actuaba con una misión aparentemente autoimpuesta: La zona austral. En lo estratégico se volcaba hacia la protección de las LCM económicas, cuya importancia no era valorizada por el Gobierno ni por el ejército. En lo conceptual estaba preocupada del gran dilema de enfrentar la batalla, teniendo medios inferiores a los del adversario, o postergarla, así como de la factibilidad de actuar como flota en potencia (lo que íntimamente le repugna) y de la validez de la teoría del primer objetivo.

A nivel estratégico nacional, los políticos se desinteresan por completo de la defensa nacional.

Ante la desertión de los civiles y también haciéndose eco de una mala interpretación de Clausewitz, se empieza a formar un criterio que ha sido resumido en la frase siguiente: "La defensa es algo demasiado serio para dejarla en manos de los políticos".

TERCER PERIODO. VISION RESONANTE DE LA SITUACION MUNDIAL (1932-1973)

Una mirada retrospectiva permite apreciar por parte de las Fuerzas Armadas una actitud como la descrita por A. Toynbee,⁷ que denomina Retiro y Regreso.

El retiro permite a la personalidad dar realidad dentro de sí a poderes que podrían haber quedado dormidos si ella no hubiera estado libre durante un tiempo de afanes y dificultades sociales. Tal retiro puede ser una acción voluntaria por su parte o serle impuesta por circunstancias que están más allá de su control; en uno y otro caso el retiro es una oportunidad y quizás una condición para la transfiguración, pero una transfiguración en la soledad no puede tener propósito y tal vez aun sentido, sino como preludio al regreso de la personalidad transfigurada al medio del que originalmente procede.

En este período no hay hechos bélicos y las actividades de las instituciones armadas transcurren fuera del campo visual y de interés de los Gobiernos, de los políticos e, incluso, de la ciudadanía.

En el campo político se da una situación curiosa: Forzado por las circunstancias internacionales, Chile y sus sucesivos Gobiernos se alinean, durante la Guerra Fría, en el bando occidental, mientras simultáneamente la sucesión de fracasos económicos va polarizando las posturas políticas internas que se cargan cada vez más a la izquierda, hasta llegar a un Gobierno marxista, es decir, ideológicamente subordinado a la potencia hegemónica del bando opuesto.

El mundo pasó por la Segunda Guerra Mundial y por la Guerra Fría, situaciones que afectaron fuertemente al país, ambas negativamente; sin embargo, los componentes de esta crisis que realmente afectaron a las Fuerzas Armadas como organizaciones militares fueron la tecnología y la influencia estadounidense.

En el plano político-estratégico, el balance de fuerzas es cada vez más favorable a Argentina, mientras el Perú sigue acortando distancias con Chile.

Este período tiene un punto de inflexión al término de la Segunda Guerra Mundial, por lo que lo analizaremos en dos etapas.

— Muy poco antes de la primera etapa (1932-1946) se había firmado el Tratado de 1929 con el Perú, que daba por solucionado el problema de Tacna y Arica, y en 1940 se establecen oficialmente los límites del Territorio Antártico Chileno. En lo político interno, tres Gobiernos radicales continúan impulsando la industrialización y extendiendo, con relativo éxito, la educación laica a una clase media cada vez más amplia. En el campo externo, la tónica la da el panamericanismo, impulsado por Estados Unidos. En las relaciones vecinales no hay crisis significativas.

En el nivel estratégico nacional, los Gobiernos, sin apremios exteriores y sin inestabilidad

política interna, se olvidan de la defensa exterior y siguiendo su inclinación doctrinaria asignan a las Fuerzas Armadas roles que contribuyan directamente al desarrollo, a través de la educación, la construcción de obras y el apoyo a la comunidad ante desastres naturales, en reemplazo de su aporte tradicional indirecto a través de la seguridad nacional.

El ejército continúa con su interés centrado en la zona norte, pero ampliándolo paulatinamente hacia la zona de Valdivia-Puerto Montt, creando allí nuevas unidades e interesándose en su desarrollo vial y ferroviario. Argentina, simultáneamente, hace un esfuerzo que se traduce en la construcción de una extensa red de caminos en las zonas de Neuquén y Río Negro.

Se puede apreciar que ambos ejércitos coinciden en la ubicación del teatro de la guerra terrestre, en un eventual conflicto entre los países.

La Armada de Chile extiende y profundiza su interés en la zona austral y en la Antártica. La actividad argentina desde Ushuaia es cada vez más activa y se hace más notoria ante el incremento de la presencia de buques de guerra nuestros, situación que culminará en la etapa siguiente con el naufragio del rastreador *Fournier*, en 1949, nada menos que en la boca norte del canal Gabriel.

El arma aérea se encuentra en su Edad Heroica y cada hecho que se realiza es pionero y marca un hito. En estos años se efectúa una intensa labor de reconocimiento y exploración aérea en la zona austral, muchas veces en coordinación con la armada.

— La segunda parte de este período (1947-1973) está determinada por el término de la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias.

En lo político interno, la decisión del Presidente Gabriel González de alinear a Chile con Estados Unidos, en oposición a la Unión Soviética, se lleva a cabo en medio de la inestabilidad creada por los comunistas locales.

En el nivel político-estratégico, la inclusión de Chile en el esquema militar de la Guerra Fría, que se formaliza con el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), en septiembre de 1947, desencadena una serie de acontecimientos que marcan el resto del período.

El tratado implica que Chile, a través de su armada, asuma la responsabilidad de contribuir y apoyar la defensa de las LCM hemisféricas en el sector que da frente al territorio nacional, a cambio de la provisión de material naval más o menos moderno. Este arreglo resultó aceptable y conveniente para la armada. En efecto, era conceptualmente aceptable, ya que la tarea calzaba exactamente con la teoría estratégica vi-

gente; y conveniente, ya que la provisión de buques en forma aparentemente gratuita venía a proporcionar una alternativa a la pobreza a que se había llegado al respecto, después del último esfuerzo efectuado en 1929. Eran buques imprescindibles para continuar cumpliendo la tarea autoimpuesta de mantener la soberanía austral, para lo que se requería de medios que los sucesivos Gobiernos no podían o no querían proporcionar.

La adquisición de los cruceros *Prat* y *O'Higgins*, en 1951, dentro del marco del TIAR, marcó una revolución tecnológica y administrativa en la armada. En efecto, determinó la introducción de la electrónica, de los sistemas modernos de control de averías, de la organización divisional y del sistema de abastecimiento mecanizado, entre muchas otras innovaciones, pero también introdujo el tutelaje intelectual-profesional y la dependencia psicológica.

En el campo táctico significó el fin de las inquietudes originales, ya que sus manuales contenían todas las soluciones, y en el campo estratégico postergó la revisión de las teorías y criterios estratégicos vigentes y su contrastación con la realidad de las necesidades nacionales.

En 1953, ante las muchas violaciones a la soberanía nacional en los canales australes, fue creado Puerto Williams y se inició un proceso de mejora del control marítimo regional, el que no podía sino chocar con las actividades marítimas y las actitudes provocativas de Argentina.

En 1958 el desembarco de fuerzas argentinas desencadenó la crisis del Snipe pretendiendo poner en entredicho la soberanía nacional en dicho islote, iniciándose un proceso de negociaciones que culminaría en 1960 con los Protocolos de Buenos Aires, aprobados por el Gobierno y rechazados por el Congreso tras ardua discusión pública llevada adelante por personalidades próximas a la armada.

Para los sucesivos Gobiernos de este período, las alternativas de soluciones político-estratégicas para los problemas de relaciones internacionales sólo tienen un ámbito: El diplomático, descartándose *a priori* y sin análisis serio alguno la existencia y empleo del campo de acción bélico, aun enfrentando amenazas explícitas en esa área.

Como la debilidad excita la codicia y la parsimonia invita a la osadía, las relaciones con Argentina fueron de mal en peor.

En forma creciente, la política exterior de Chile pretende asumir un protagonismo regional que no logró y que en los hechos fue ineficaz para la defensa de sus intereses nacionales.

En el nivel estratégico-militar, el ejército prácticamente no participa en estas crisis australes, centrando su responsabilidad en el Chile continental. La fuerza aérea está crecientemente limitada por la escasez de material de vuelo, reduciéndose a la exploración y el reconocimiento en beneficio de las fuerzas de superficie.

La actitud estratégica de la armada en la crisis e incidentes que se suceden, aparece como contradictoria. La teoría indica que la contribución principal de las fuerzas navales al logro del objetivo estratégico del frente bélico y, consecuentemente, del objetivo nacional, se materializa en forma indirecta a través de la protección de las LCM, principalmente económicas; sin embargo, la fuerza de la realidad lleva a proporcionar no sólo un aporte directo, actuando sobre los objetivos geográficos que materializan los objetivos estratégicos y políticos en disputa, sino que lo hace casi exclusivamente con sus fuerzas. En efecto, al control de los espacios marítimos se suma la defensa de sus islas y luego la necesidad de estar en condiciones de conquistarlas o reconquistarlas si fuera necesario.

La batalla, actividad que teóricamente debería estar fundamentada en relación al objeto de la guerra en el mar, el control de las LCM vitales de superficie, ahora se considera aceptable —y se toman las provisiones para afrontarla— en relación a los objetivos geográficos que constituyen el objeto en disputa. Así, la armada vuelve a su fuerte vocación conjunta, pero dentro de sí misma, como resultado de la evolución de los acontecimientos.

Pese a todo, la repartición institucional del trabajo funciona.

En efecto, en el norte, las crisis de carácter terrestre las controla el ejército, el que además cumple una labor equivalente a las de apoyo de la armada, en los pueblos y villas de la cordillera. Como —simultáneamente— en la Patagonia la armada argentina mantiene al ejército de su país fuera de su territorio nacional de Tierra del Fuego y las fuerzas de dicho ejército no sienten atracción por las estepas patagónicas, la ausencia significativa de su contraparte chilena queda compensada.

La crisis nacional integral se precipita en 1973, obligando a las Fuerzas Armadas a salir de su retiro y a regresar al plano político, pero esta vez en sus propios términos.

CUARTO PERIODO. VISION DE TRANSICION

El período 1973-1990 se inicia con la tensión vecinal en la zona norte con el incremento de la

presencia militar terrestre y aérea del Perú, modernizada y potenciada con el apoyo de la Unión Soviética y exacerbada por la cercanía del centenario de la Guerra del Pacífico. Esta emergencia parece poner de manifiesto las inconveniencias de la repartición institucional del trabajo. En efecto, la guerra podría adquirir una connotación terrestre, aun cuando hay también envueltas cuestiones propiamente marítimas y tampoco puede desestimarse que se haya considerado una campaña conjunta, pero la amenaza aérea podría haber dificultado la concentración y el despliegue de las fuerzas terrestres, por lo que éste debería haber quedado listo y terminado antes del inicio del conflicto, fecha que controlaría quien asumiera la iniciativa política. Así, obviamente, una actitud defensiva creó la necesidad de mantener un alto grado de alistamiento operativo por un período eventualmente prolongado.

Un despliegue defensivo de larga duración debe haber demandado un gran esfuerzo, pero habiendo un Gobierno militar que entendía a fondo el problema, el costo parece haber sido asumido y manejado sin dificultades mayores. Pero deja una consecuencia: Un incremento de los medios en presencia en la zona.

A la fuerza aérea, por su parte, le debe haber resultado difícil asegurar la libertad de acción a las fuerzas de superficie terrestres y navales, sin antes haber logrado la superioridad local del aire.

La armada debe haber centrado su esfuerzo en la protección de las LCM económicas, con las restricciones que impone la "Reacción de la tierra sobre el mar", locución, esta última, empleada para referirse principalmente a la acción de la aviación con base en tierra contra una fuerza naval.

Las complejidades normales para conformar un teatro conjunto incluyen las naturales diferencias en la valorización de la contribución relativa de cada institución al esfuerzo bélico de la campaña. Hay quienes lo catalogan como un teatro aeroterrestre, pues consideran que un eventual conflicto habría sido de relativa corta duración y, por lo tanto, habría reducido el valor de la contribución del poder naval. Curioso habría resultado tal teatro, tratándose de un territorio que fue en parte reivindicado y en parte incorporado al patrimonio nacional, justamente mediante una campaña conjunta de la armada y el ejército chilenos.

¿Qué ha podido cambiar? Dos aspectos, fundamentalmente. El primero es la aproximación teórica para la búsqueda de la solución al

problema estratégico-militar y el segundo la presencia y actividad del poder aéreo.

Es dable considerar que las alternativas de solución estratégico-militar provienen de la aplicación de las teorías estratégicas adoptadas a comienzos del siglo, ya descritas, considerando el empleo de medios que fueron creados, en parte, sobre la base de criterios independientes en cada institución. Esta solución, a la que se llega por adecuaciones sucesivas, tiende a menospreciar aquellas alternativas que las teorías estratégicas oficialmente adoptadas desestimaron *a priori*.

En efecto, como hemos visto, entre 1891 y 1932 se prescindió conceptualmente de la movilidad estratégica marítima cuando aún era militar y técnicamente factible, lo que comprueba claramente que fue una decisión doctrinaria. Luego, a partir de 1927, la principal amenaza que representaba la presencia del arma submarina de la Armada del Perú, al parecer reforzó esa posición.

El segundo elemento es la presencia y actividad del poder aéreo. Sabemos que solo no es resolutorio y que, al final, la campaña se resolverá en tierra. Pero tenemos de nuevo el caso de la profecía autocumplida: Creamos una situación y luego nos declaramos limitados por sus efectos.

Se sabe que cuando el poder aéreo del adversario es superior al propio limita la libertad de acción de las fuerzas de superficie. Las fuerzas navales podrían ver restringida su capacidad para participar en forma directa en la decisión exitosa en tierra, en el caso de no contar con la necesaria libertad de acción para materializar operaciones de proyección del poder naval. Por su parte, las fuerzas terrestres tampoco pueden moverse libremente y maniobrar en los grandes espacios, ya que sufrirían un fuerte castigo desde el aire. Para sobreponerse a estas limitaciones es que se adoptan procedimientos tácticos que aminoran estas debilidades.

En ambos casos aparece pospuesta la búsqueda de una solución hacia adelante, es decir, potenciar el poder aéreo propio, sea con base embarcada o con base en tierra, para poder acceder a la iniciativa estratégica en uno y otro escenario.

Ambas actitudes: La decisión de prescindir de la movilidad estratégica marítima y la elección de fuerzas de superficie de mayores dimensiones y capacidades, pero sin toda la libertad de acción que contribuiría a proporcionarles el poder aéreo en sus variados tipos, se refuerzan y consolidan. Yendo al extremo, la situación puede graficarse como el de una

fortaleza sitiada que sólo puede aspirar a no ser derrotada.

* * *

La crisis siguiente es la de 1978. La escalada del conflicto permitió presenciar el avance del ejército al sur de Puerto Montt, a donde llegó —lógicamente— por mar. Se reforzó la guarnición austral y se preparó la defensa terrestre.

Tratándose de un teatro marítimo en lo estratégico, la armada tuvo un rol importante durante la concentración; sin duda, aseguró que ella pudiera hacerse sin temor a interrupciones súbitas.

Una vez completada la concentración del ejército austral, cabe suponer que la armada volvió a sus tareas propias: La protección de las LCM, de las cuales se daban por cumplidas las militares; las de mantenimiento podían concentrarse en una limitada cantidad de buques y las económicas conservaban, según el juicio tradicional de la armada, todo su valor. Además, y esto es muy importante, mantuvo a ultranza su tarea tradicional: La conservación de la soberanía nacional en el área insular austral.

Según la teoría estratégica terrestre clásica⁸ correspondía que el objeto estratégico normal en tierra fuera la destrucción de las fuerzas principales del adversario y los objetivos geográficos tendrían valor sólo en la medida en que permitieran mejorar la situación propia para lograr el efecto anterior o cuando, por sus características, obligaran a las fuerzas adversarias a concurrir en su defensa. Ninguna de estas situaciones se daba en esta tan particular área insular austral, ya que las fuerzas terrestres principales del adversario se encontraban en el continente, al norte del estrecho de Magallanes, y al parecer su despliegue no incluía cruzarlo. De ello podría colegirse que, no contando con fuerzas terrestres adecuadas, las islas al sur del Estrecho no constituían objetivos estratégicos de importancia para nuestro ejército.

En cambio, las islas en disputa si concentraron la atención de la armada, a tal extremo que su defensa, conquista y eventual reconquista se transformaron en un factor relevante, constituyéndose en un objetivo de carácter geográfico.

La razón para esta situación debe haber estado presente en la mente de todos los involucrados en la crisis: Las islas, si se perdían, sería en extremo difícil recuperarlas y, muy probablemente, su ocupación marcaría el término de las operaciones y el inicio de una larga y

difícil negociación. El factor político, tan vinculado al poder naval, desestimaba la concepción estratégica.

La fundamentación intelectual de esta creencia está muy bien expuesta por un autor naval.⁶ "Como dice Raymond Aron en su libro *Progreso y desilusión*: 'Las líneas de demarcación de las fronteras son el resultado de las operaciones de combate hasta el momento del cese del fuego' y producido éste ya no hay interés de parte de los organismos internacionales en intervenir y el país que perdió parte de su territorio ya no lo recupera, salvo que otro enfrentamiento posterior le sea favorable... (Entre países del Tercer Mundo)... no se han producido encuentros navales de mayores proporciones para establecer el dominio del mar, sino que las operaciones se han orientado a apoyar las operaciones terrestres. Indudablemente, esto se debe a la urgencia de procurar una decisión estratégica favorable, antes que se paralicen las acciones por las razones señaladas".

Es destacable también esta situación, ya que la razón decisiva en la fundamentación intelectual de la importancia de las LCM en sus diversos tipos es que se hacen más relevantes a medida que se alarga el conflicto (por el contrario, su importancia relativa decrece cuando éste se acorta); tal vez por eso, en los hechos se aprecia que cuando la defensa de los intereses nacionales está ligada a la obtención de éxitos estratégicos urgentes se postergan —a una segunda prioridad— las LCM, aceptadas doctrinariamente como el objeto de la guerra en el mar.

Con todo, a nivel estratégico nacional se pudo apreciar que, habiendo un Gobierno militar, el problema de la coordinación entre los campos de acción para el logro de la unidad de la guerra se puede solucionar por sí mismo, sin mayores tropiezos.

Las dificultades que de hecho afectan externamente a los campos de acción diplomático y económico, exacerbadas por los opositores políticos internos, incrementan el peso relativo de los campos de acción interno y bélico. Hacia el final de la crisis el positivo efecto concurrente de las acciones del Gobierno de Chile a través de sus cuatro campos de acción lleva a Argentina a aceptar la Mediación Papal, trasladando el eje de la maniobra nacional al campo de acción diplomático, quedando el bélico en segundo plano, pero listo para reasumir el protagonismo si así se requiere.

Se puede apreciar que por parte del Gobierno hubo una maniobra que empleó coordinadamente todos sus recursos, incluyendo los militares, en forma muy similar al primer período (1810-1891); pero esta vez bajo un Gobierno

militar y no uno civil, como ocurrió mayormente en el período indicado.

De todo lo anterior es posible deducir que a nivel estratégico militar no se llega, para el desenlace del problema en el frente bélico, a una solución plenamente integrada sino que, más bien, coordinada.

Como resultado acumulativo de las respuestas a las crisis y amenazas de agresión sufridas en todo el período, a juicio del autor se puede apreciar la conformación de un esquema político-estratégico en que existen tres teatros (norte, centro-sur y austral), cada cual con sus propias fuerzas militares.

PERSPECTIVAS FUTURAS

Resumiendo lo acontecido en estos cuatro períodos podemos distinguir tres esquemas político-militares: Integrado, institucional y semiintegrado.

Esquema integrado (1810-1891)

La unidad de la guerra se da tanto a nivel nacional como del frente bélico.

Las fuerzas militares son generalmente inferiores a las del adversario, lo que se compensa explotando la movilidad estratégica marítima, empleando la aproximación estratégica indirecta y concentrando el efecto de las fuerzas terrestres y navales en el punto de la decisión.

Para el logro de los objetivos políticos nacionales, los Gobiernos determinan los objetivos estratégicos para el frente bélico y las Fuerzas Armadas actúan en forma conjunta para su logro, dentro de una maniobra nacional que incluye a los otros frentes o campos de acción.

Esquema institucional (1932-1973)

El nivel de conducción nacional reduce el empleo de las Fuerzas Armadas y subvalora su existencia. Sólo recurre a ellas después del fracaso de sus gestiones diplomáticas, en general en forma reluciente y en emergencia dando origen a esfuerzos inconexos e ineficaces.

Por su parte, cada institución pretende enfrentar a su homóloga contraria, con una suerte de abstracción de la existencia y amenazas de las otras fuerzas, luchando denodadamente para valorizar su propio rol, y ante el abandono por el poder político de su rol directivo preterminan énfasis en ciertas misiones y tareas.

Esquema semiintegrado (1973-1990)

En este esquema el nivel nacional o de Gobier-

no actúa integralmente y enfoca las situaciones interiores, económicas, exteriores y militares como un todo, en cuyo seno las diferentes capacidades interactúan y se potencian mutuamente.

Entre los componentes del frente bélico, la integración se ve acentuada por el publicitado realce dado a las actividades conjuntas, preferentemente a nivel operativo o de teatro y presumiblemente en la planificación.

* * *

Mirando hacia el futuro nos encontramos ante una problemática compleja, algunos de cuyos elementos involucran el nivel de las relaciones cívico-militares, el nivel político-estratégico y el nivel estratégico-militar.

El nivel de las relaciones cívico-militares

Estas relaciones evolucionan desde una simbiosis espontánea y natural en 1810, propia de una sociedad que se ha visto en la necesidad de mantener una actividad bélica permanente, aunque con variables grados de intensidad a lo largo de toda su experiencia histórica, entrando luego, desde 1891, en un período de crisis política, económica y social, para emerger de ella en 1932 completamente incomunicados y mutuamente suspicaces.

La crisis integral de la convivencia política y el fracaso reiterado de los más variados ensayos políticos y económicos determinan en 1973 la intervención institucional militar, que resuelve exitosamente la crisis aplicando métodos y formas de relaciones propiamente militares, que encuentra acogida en un segmento importante de la población y rechazo por parte de otros medios políticos organizados.

El autor no aprecia factible el regreso al esquema institucional, ya que la situación estratégica mundial ha variado de un mundo bipolar a otro multipolar, haciéndola mucho más fluida y flexible, lo que se reflejará en nuevas oportunidades y amenazas que requerirán mayores niveles de seguridad nacional. Lo mismo a nivel regional, ya que es muy aventurado predecir qué rumbo puede tomar la evolución de las crisis económicas y sociales que golpean tan duramente a los países sudamericanos, generando desequilibrios que pueden agudizar conflictos interestatales, sin olvidar la manifestación de la violencia transnacional, que implican serios riesgos que no es posible desestimarlos. Por otra parte, tras 16 años de Gobierno castrense, con exposición de los militares a contactos y experiencias de variados tipos, es

irreal pretender volver a una marginada sociedad militar que ha evolucionado respecto de la situación anterior a dicha experiencia.

La integración cívico-militar es factible, pero requiere de una rápida y profunda evolución de las élites políticas civiles para desprenderse de arraigados prejuicios civilistas y una ardua labor para generar confianza mutua entre ambos estamentos; asimismo, se hace necesaria una apertura gradual pero rápida de los militares hacia los medios civiles y académicos. La alternativa de un desarrollo paralelo pero separado de ambos grupos, en una suerte de *apartheid*, sería inestable y no se aprecia conveniente.

En lo económico y en lo social, Chile se encamina hacia el desarrollo. Es imperativo llegar a relaciones cívico-militares de país desarrollado, pero a partir de nuestra historia, nuestro carácter nacional, nuestras experiencias y de la realidad política del pasado reciente. El más grave error que podríamos cometer sería aplicar nuevamente modelos o prejuicios ajenos.

El nivel político-estratégico

Se impone el pragmatismo con moralidad. Las élites políticas deben desprenderse de los prejuicios civilistas, del romanticismo político y de los ideologismos que tanto mal han acarreado al país. Sin caer en el egoísmo ciego, los intereses nacionales siempre deberían presidir sus inquietudes. La realidad del mundo pasado, presente y del futuro previsible, indica que el recurso de la fuerza existe y también el de la amenaza de su uso. No puede pretenderse descuidar la defensa nacional y cuando todo falle recurrir a las Fuerzas Armadas. Hacerlo en esas condiciones es injusto, es inmoral y es ineficaz.

Es imprescindible la adopción de un modelo político-estratégico para el logro de los objetivos políticos nacionales en paz y en guerra si es necesario. Este modelo puede ser explícito o tácito, pero debe fundarse en un amplio y sólido consenso entre los actores de hoy y también de los que lo pueden ser mañana. Un acuerdo de este tipo permite, sin perder el rumbo, los cambios de énfasis, de prioridades o de ritmos propios de los diferentes grupos que accedan al poder, así como de las mismas Fuerzas Armadas y de sus mandos. Se requiere una maciza "política de defensa" y no sólo una "política militar", que es sólo una política de Gobierno con respecto a las Fuerzas Armadas.

El nivel estratégico-militar

Derivado del rol específico que en el modelo

político estratégico se le asigne al campo de acción militar, para la paz, las crisis y la guerra, se deberá llegar a una solución estratégico-militar conjunta que le asegure estar en condiciones de vencer si es requerido, pero también de aportar su contribución activa al logro de objetivos políticos que no requieren el concurso de la fuerza en su forma violenta.

En el primer período (1810-1891) las Fuerzas Armadas fueron empleadas para hacer la guerra y ganarla.

En los períodos desde 1932 hasta 1990 se aspiró a no ser derrotados si algún país decidía hacernos la guerra.

Para el futuro se requiere estar en condiciones de ganar, para que así nadie quiera hacer la guerra a Chile. Se trata de generar una real capacidad disuasiva, capaz de contribuir con eficacia a la búsqueda activa y continuada de la paz en un contexto internacional de equilibrio dinámico que además de voluntad política exige flexibilidad y fortaleza.⁸

BIBLIOGRAFIA

1. *El poder naval chileno: Revista de Marina*, 1985, tomos I y II; editor Claudio Collados Núñez; autores, Eduardo Angulo Budge, Mario Barros Van Buren, Luis Bravo Bravo, Ricardo Couyoumdjian Bergamali, Francisco Ghisolfo Araya, Rafael Hernández Ponce, Rubén Scheihing Navarro y Boris Osés Concha.
2. "El poder naval y la política exterior chilenos en el siglo XIX": *Revista de Marina* N° 5 1988, por Germán García Arriagada.
3. *Historia de Chile (1891-1973)*: Editorial Santillana del Pacífico S.A. Ediciones, por Gonzalo Vial.
4. *The influence of the sea power upon History*: Sampson Law and Co., 1989, por A.T. Mahan.
5. *Algunos principios de estrategia marítima*, nueva edición, Escuela de Guerra Naval, Argentina, 1936, por Julian Corbett.
6. "La estrategia marítima y el Tercer Mundo": *Revista de Marina* N° 1 1987, por Talinay.
7. *Estudio de la historia*: Compendio de D.C. Somervell, vol. I-II, Alianza Editorial, por Arnold Toynbee.
8. *La guerra; su condición político-estratégica*: Biblioteca del Pacífico, Estado Mayor del Ejército, 1955, por Manuel Montt Martínez.
9. *De la guerra*: Ediciones Mar Océano, Buenos Aires, 1960, por Karl Von Clausewitz.
10. *Estrategia de la aproximación indirecta*: Circulo Militar, Argentina, 1984, por B.A. Liddell Hart.
11. "Reflexiones sobre el poder militar en el marco de una oceanopolítica": *Revista chilena de geopolítica*, N° 2 1989, por Jorge Martínez Busch.

